

Extracto de la correspondencia entre Solomón y Árdor Ígneo

«Primero te adoraron, después te maldijeron y finalmente te exiliaron. ¿Por qué parecías inmune a las maldiciones del Sol? ¿Por qué dejaste de envejecer mientras todos los demás morían en agonía?, se repetían. Durante muchos años recorriste el yermo, viste a las últimas ciudades derrumbarse, fuiste testigo de la evaporación de los mares y tu nombre se perdió en las arenas del tiempo. Ahora te llaman El Rey de las Salamandras y, junto con el Gran Abraso, te has convertido en parte de una leyenda que los padres cuentan a sus hijos antes de dormir. Pero tú no has olvidado quién eres; tienes más de cien años y has salido de esta caverna, tu último refugio. Regresas al lugar que una vez llamaste hogar, Medellín, conocida como Pantágora. Llevas contigo la última semilla.

“Lo que fue, será y lo que será, fue. Eres el Uróboros, la serpiente que se come a sí misma”. Esas fueron las últimas palabras que te dirigió Prometea antes de expulsarte de la ciudad. Solo hasta ahora las comprendes, tu viaje terminará en el mismo lugar donde comenzó. Debes encontrar la manera de infiltrarte en Pantágora y buscar las vías del tren, si es que aún existen. Allí, donde el Sol te castigó con la inmortalidad, sembrarás la semilla y la regarás con tu sangre. En ese lugar habrá de nacer el árbol que cubrirá al mundo con sus ramas, traerá nuevamente la lluvia y nos ocultará del Sol.»

Mi estimado padre, la hoja que contenía estas anotaciones fue encontrada a veinte kilómetros de la frontera por un explorador adepto a nuestra causa. Es necesario convocar cuanto antes nuestro ejército y terminar la tarea que se nos encargó hace 50 años como Hijos del Sol. Debemos impedir que El Rey de las Salamandras llegue a Pantágora.